

dado ver en el orden de la voluntad. Y no obstante, nada es eso todavía. La última palabra de la fuerza en Jesucristo, el rasgo vencedor, es la manera con que levantó al mundo, según su expresión: *Omnia traham ad meipsum*. Decía Arquímedes: "¡Déseme un punto de apoyo, y levantaré el mundo!" y Él no pidió ese punto de apoyo. Tomó doce trabajadores, pobres, groseros, sin talento, y, lo que es más raro que levantar el mundo, lo cambió, lo mejoró, lo transfiguró. Y para que este acto alcanzase una brillantez incontestable, no lo hizo durante su vida mortal. No lo hizo; no quiso hacerlo. Murió abandonado en una cruz. Mas entonces, cuando desapareció de la tierra y su obra parecía muerta, destruida con Él; entonces, como lo había dicho, fué cuando demostró su fuerza con maravillas de ultratumba, y cuando del fondo del sepulcro, donde se la creía enterrada para siempre, su hermosa obra reapareció de pronto, llena de vida infinita y de eterna fecundidad.

Es inútil añadir, al terminar esta primera investigación, que estos divinos esplendores de la fisonomía de Jesucristo, esta belleza de la inteligencia, de la bondad y del amor, de la fuerza y del ánimo, se hallan en Él en perfecto equilibrio. No se encuentra vacío alguno, ni desfallecimiento, ni falta, como no se advierte dificultad ni exceso. Cada facultad alcanza su más alto grado de intensidad; mas

es imposible señalar una que eclipse á las demás. Se hallan armoniosamente reunidas. Además, todo en Él y en su vida es grandeza tranquila, dulce sencillez, sublime paz.

La humanidad ha producido de vez en cuando séres extraordinarios; ninguno que pueda compararse con éste. Todo lo posee, y todo en una medida única. En Él el pensamiento, la palabra, la poesía, la elocuencia, el amor, y la influencia práctica, y la inmensidad de los resultados, todos los dones y todas las fuerzas, se hallan reunidos y con tal perfección, que el alma que ha meditado en la vida de Jesucristo es incapaz de concebir nada más grande.

Y ahí está el sentido de esta frase: "HIJO DEL HOMBRE que se encuentra en todas las páginas del Evangelio." Jesucristo no es tan sólo un hijo del hombre como todos los descendientes de Adán: es el hijo del hombre en sentido absoluto; el hombre ideal, hermoso, puro, completo; la flor más preciosa, el fruto más suave que jamás ha producido la tierra, ó, por mejor decir, la única flor absolutamente hermosa y perfecta que ha brotado de las raíces del tronco de la humanidad.

II

Pero sigamos. Sólo tenemos ahí algunos rasgos, bien ligeros todavía, de la fisonomía de Jesucristo. A medida que la crítica se hace más

penetrante, la observación más inteligente y más exacta descubre en el carácter del Cristo rasgos que la antigua apologética no sospechaba. El Cristo brilla ante sus miradas, como el cielo estudiado con los poderosos instrumentos de la ciencia moderna.

Además de esas cualidades justas, precisas, de que acabamos de hablar, y que, elevadas á su mayor poder, armoniosamente reunidas, señalan la fisonomía de Jesucristo con tan real belleza humana, comiéndanse á descubrir en Él algunas cosas más difíciles de comprender, ilimitadas, indefinidas. Se le ve hombre, y á cada momento se nota que es más que un hombre. No sé qué absoluto, universal, inagotable, hace ver que los límites ordinarios de la humanidad no se hallan aquí. Estúdiense sucesivamente su perfección moral, su personalidad, su mente, y se encontrará sin duda la forma, jamás la medida.

¡La medida de su perfección moral! se la encontrará cuando se halle en alguna parte un punto de comparación. ¿Pero en dónde está? No hablo de la antigüedad; un ideal semejante ni siquiera se sospechaba. "Jesús deja obscurecidas, dice Channing, á todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su hermosura." ¹ Y no solamente á las perfecciones humanas

1. CHANNING, *Discours sur l'imitation du Christ.*

que le han precedido, sino aun á las que le has seguido, á las que Él hizo brotar; pues su aparición fué como un rayo de luz que reveló un ideal hasta entonces desconocido y que ha creado la pasión de imitarlo. Mil novecientos años hace que esta figura se presenta en el mundo; que millones de personas se esfuerzan en reproducirla, y que á medida que mejor la copian, alcanzan mayor belleza; mas á nadie ha sido dado el igualarla. En esas innumerables copias, las hay que arrebatan de admiración, unas por su pureza, otras por su valor. Pero ninguna puede servir como término de comparación. ¡Qué digo! la belleza única de Jesús no solamente sobrepuja á toda belleza creada, sino que es única. No se le conoce ideal.

Sabido es lo que ocurre cuando nos hallamos en presencia de la belleza. La contemplamos arrebatados; luego en seguida, excitados por esta aparición, nuestras alas se extienden y subimos más alto. Descubrimos una belleza superior, de la cual todas las bellezas creadas, por espléndidas que sean, no son más que incompleta expresión. Y cuanto más subimos, esto es, cuanto más poderosa es nuestra imaginación, más huye á nuestros ojos el ideal, desesperándonos y excitándonos con esa sublime huida, y creando el gran arte la misma imposibilidad en que coloca al genio de realizar jamás lo que ve. Pues bien; tratándose de Jesucristo, el fenómeno

no resulta al contrario. No dejamos la realidad para correr tras de lo ideal; la realidad es lo que no podemos alcanzar. Todos nuestros esfuerzos para hallarle un ideal á Jesucristo, es decir, una belleza distinta de la que Él realiza y superior á ella, son impotentes. Al contemplar á Jesucristo, no vemos que su ideal se eleve, huya; es Él, su realidad, el descrito en los Evangelios, quien se eleva, quien huye, el que no puede ser alcanzado, ni con el pincel, ni por el cincel, ni con la pluma, ni con el corazón. Hé aquí lo que hacía derramar lágrimas al bienaventurado Angélico de Fiésole, incapaz de reproducir belleza semejante; lo que arrebatava á causa de su indignación el pincel á la vigorosa mano de Leonardo de Vinci; lo que desesperaba á Bossuet y á Pascal. Es la primera vez, ó más bien la única, en que la perfección suprema del arte resulta inferior á la verdad histórica, y hasta la imaginación del genio no alcanza á idealizar la realidad.

Esta reflexión debiera bastar, por sí sola, para hacer comprender á toda alma formal, que el carácter de Jesucristo, aunque verdaderamente humano y natural, se levanta muy por encima de las proporciones humanas;¹ mas quiero hacer considerar algo más admirable to-

¹ Estas expresiones deben entenderse, sin detrimento de la perfecta unidad personal divina de Jesús.— (N. del T.)

davía, otro absoluto mucho más inexplicable. No hemos hallado los límites de su belleza moral, de su perfección; busquemos ahora los límites de su personalidad. Lo que limita la personalidad, es el tiempo, el lugar, la raza. Por grande que uno sea, se ha nacido aquí; se ha vivido allá; se ha salido de las entrañas de un pueblo, y se lleva su sello. Véanse los más grandes hombres: pertenecen á su tiempo. Se unen vivamente con sus intereses, con sus pasiones, con sus gozos, con sus dolores. Esto es evidente con respecto á los hombres políticos, á los legisladores, á los conquistadores. ¿En qué se apoyarían para gobernar el mundo y para removerlo, si no fueran de su tiempo? Más aún, los hombres que pertenecen al pensamiento puro, los soñadores solitarios, los poetas, los filósofos, los artistas, aquellos cuya vida dedicada al culto de lo ideal va más lejos en la humanidad y pasa menos rápidamente, ¿no son también de su tiempo? ¿Acaso, á través de las estrofas de sus poemas, no se oyen, con los clamores de la humanidad, los de su época; con los suspiros del alma humana, los del pueblo, del siglo, de la ciudad en donde esa alma humana ha rogado, llorado, sufrido y amado? Cítense los más grandes: Homero, Job, Esquilo, Isaías, Sócrates, Fidias, Sófocles, Platón, Virgilio, Tácito, Dante, Miguel Angel, Shakespeare, Milton, Corneille, Racine, Bossuet. ¿Qué

son? Encarnaciones de la Grecia, de la Arabia, de la Judea, de Roma pagana, de la Italia cristiana, de España, de la Francia y de Inglaterra. Y cuanto más grandes, mejor encarnan en sí, con el genio de la humanidad, el de aquella parte de ella de la cual son más directamente hijos. El gran Pelasgo, es Homero; el gran heleno, es Esquilo; el gran árabe es Job; el gran hebreo, es Isaías; el gran romano, es Tácito; el gran italiano, es Dante; el gran inglés, es Shakespeare; el gran francés, es Bossuet. Y Jesucristo ¿qué es? Ni hebreo, ni griego, ni antiguo, ni moderno. ¿Qué es, pues? Es hombre, ó antes bien, es el hombre. En los demás no se halla la humanidad entera; tócanse sus límites; en Jesucristo, jamás.

Y nótese bien que esta universalidad no es, en Jesucristo, la impersonalidad. Porque ¿qué personalidad fué nunca más elevada, más claramente acentuada? ¿Quién hizo nunca más perfecto uso del yo? ¿En dónde hallar más completa independencia? Búsquese de quién dependa Él. Ni de la multitud que le aclama, ni de sus discípulos, ni de su siglo, ni de las ideas y de las costumbres que le rodean. Nadie pudo jamás lisonjearse de haber sido su maestro. A causa de su misma personalidad alcanza esa original universalidad. Moisés es judío por sus ideas, sus sentimientos, sus costumbres, sus hábitos, más aún que por su origen. Sócrates no

se hizo nunca superior al tipo griego. Mahoma era árabe. Lafontaine y Molière son tan franceses, que á los ingleses les cuesta tanto trabajo el comprenderlos, como á nosotros mismos gustar de Goethe. En todos estos grandes hombres hay algo local, transitorio, que no se comprende más allá de la montaña ó del océano; que no podría imitarse en todas partes; que muere con el siglo; que renacería alguna vez con otro siglo, mas para morir de nuevo. Oscilación singular, que los muestra como meros hombres, aunque los más grandes de entre los hombres. En Jesucristo, no hay nada semejante; todo ese aspecto falta á su fisonomía. Se ve la humanidad; no se ve lo que la limita, lo que la circunscribe. Por eso es Él modelo universal propuesto á la universal imitación. Todas las edades lo copian: el niño, la joven, la madre, el anciano; todas las condiciones se acercan á Él, para hallar un consuelo, una ayuda: el pobre como el rico, el prisionero en su calabozo y el rey en su trono. En vano la marcha del mundo y de la civilización trae á la escena nuevos actores; Jesucristo no es extraño para ninguno de ellos: ni para el griego, aun cuando Él se hubiese cuidado poco de filosofía; ni para el romano, aun cuando no hubiese ganado batallas; ni para el bárbaro del siglo IV ó para el civilizado del XIX, por más de que sus ideas, sus costumbres, sus usos, apenas se parezcan.

Al ser adorado por los indígenas de América, por los negros salvajes del Africa, por los brahmanes de la India, esta adoración creó allí virtudes tan puras é iguales, como las que habían brotado entre los romanos degenerados del Bajo Imperio: ¡tan universal, simpática y accesible es á todos los hombres esta figura, imitada por todos, y siempre, aunque jamás igualada!

Lo que de su belleza moral y de su personalidad decimos, es bien inútil decirlo de su acción. Es natural. No tiene límites, ni en el tiempo, ni en el espacio. Nada hay que en parte alguna la limite de ninguna manera. Sobre todo, ningún siglo la sobrepuja. La humanidad marcha; va de prisa; es un andarín apresurado. Bendice, aclama á su paso á los genios que se levantan para alumbrarle. Luego en seguida los deja atrás. La filosofía de Platón fué buena; pero no basta. La ciencia de Newton fué admirable; pero se le lleva ventaja. La geología de Cuvier ha sido una revolución; pero se queda atrás. La humanidad camina. Enciéndanse, enciéndanse nuevas luces. Hipócrates ha quedado atrás; Arquímedes ha quedado atrás; Copérnico ha quedado atrás; Galileo ha quedado atrás; Lavoisier ha quedado atrás; Montgolfier ha quedado atrás; ¿Jesucristo? no. "Jesucristo, dice M. Renan, ¡nunca será sobrepujado!"¹

¹ RENAN. *Vie de Jésus*, pág. 325.

Es honor de los grandes maestros, y á la vez debilidad suya, el presentar á fuerza de genio, fórmulas de las cuales se partirá para llegar más lejos, y crearse discípulos que les hagan quedar olvidados. Aunque valgamos menos, sabemos mil cosas que ignoraban Sócrates y Platón, Cicerón y Séneca. Vemos otras que causarían asombro á Bossuet, Newton ó Pascal. "Mas, dice perfectamente Parker: dieciocho siglos hace que el torrente de la humanidad se elevó tan alto en Jesús; ¿y qué hombre, qué siglo ha sobrepujado su pensamiento, ha sabido siquiera apropiárselo, aplicarlo enteramente á la vida? Responda el mundo á su grito de angustia. Los hombres se han repartido los vestidos de Jesús, han echado suertes sobre su túnica inconsútil; mas el espíritu que trabajó con tanta energía en el seno del pecado y de la muerte, que espiró, que tuvo que sufrir y que venció al mundo, ¿se le agotó, se le posee siquiera, se le comprende?"¹ Se halla, después de dieciocho siglos, inagotado é inagotable.

Mas parece que cuanto más camina la humanidad, más viva resulta la acción de Jesucristo. A cada nuevo horizonte, á cada nueva necesidad, responde con un nuevo rayo de luz, con un remedio hasta entonces desconocido. ¡Cuántas maravillas, por ejemplo, no han sospecha-

¹ TEODORO PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, 3 édit. Boston, 1847, pág. 275.

do nunca los cristianos de los primeros siglos, y acerca de las cuales nos vemos obligados á decir: las tenían á la vista! Y ¡cuántas maravillas que no sospechamos, y acerca de las cuales dirán nuestros descendientes: también las había Él previsto! Y al propio tiempo que se extiende así á través de los siglos, que se renueva con los más leves movimientos de la civilización, esa acción de Jesucristo nada pierde de su intensidad. Después de transcurridos dieciocho siglos, se hace dueña de las almas como en el primer día. "Se entusiasma uno al oír contar las conquistas de Alejandro. Pues bien, hé aquí un conquistador que se apropia, que se asimila no sólo una nación, sino la raza humana entera. ¡Qué milagro! el alma humana con todas sus energías viene á ser una parte integrante de la existencia de Jesucristo."¹

Si ahora, después de haber buscado en vano la medida de su belleza moral, de su personalidad, de su acción, observamos su mente, hémos aquí en presencia de un fenómeno del mismo orden, pero todavía más asombroso. La mente de Jesucristo no solamente es superior á toda mente humana, como lo hemos hecho ver más arriba; no se le parece. Contiene algo incomprendible, inaccesible á todas las miradas.

Habéis leído el Evangelio. En esas páginas

¹ *Conversations de Napoléon á Sainte-Hélène, avec le général Bertrand.*

que contienen una doctrina tan pura y al propio tiempo tan profunda, y no obstante tan clara, ¿no habéis notado una luz de naturaleza extraña, que se parece á la obscuridad, pero que no lo es, porque no sería dado concebir la obscuridad en esa sublime y vigorosa mente; que es tan distinta de la luz natural, que algunos la han llamado sinrazón, lo cual es imposible, porque hace dieciocho siglos la humanidad habría demostrado ese absurdo; que es verdadera luz, pues posee un resplandor muy vivo, por más de que su foco sea impenetrable, y á la cual hemos llamado, no sabiendo cómo definirla, *misterio*, es decir, lo incomprendible, lo inaccesible?

Sí, en esos discursos tan luminosos del Evangelio, diríase que brotan sombras. Frases obscuras aparecen de vez en cuando; obscuras no por falta de luz, al contrario, por intensidad; y la prueba de ello está en que los más grandes genios, religiosos ó impíos, las estudian dieciocho siglos há sin lograr comprenderlas los primeros, ni destruirlas los segundos. Un Orígenes, un Agustín, un Tomás, un Bossuet, un Leibnitz, un Pascal, han fijado, en esas extrañas fórmulas, aquellas miradas que habían descubierto las leyes del pensamiento y la marcha de los astros, y han confesado que no entendían, pero que aquellos misterios, que ellos mismos no penetraban, les hacían verlo todo y

comprenderlo todo. Al propio tiempo apareció otra raza, también de grandes talentos, diestros en sorprender el flanco débil de las cosas, en desenredar los sofismas ó en lanzar la burla y el ridículo, y que se propusieron hacer ver que sólo había contradicción, sinrazón y tinieblas en aquellas fórmulas; pero no han salido más airosos efectivamente: si hubieran demostrado su aserto, el Cristianismo habria muerto en el desprecio. De suerte que después de dieciocho siglos de la más viva discusión que jamás se vió, esas fórmulas subsisten no penetradas, y por lo tanto impenetrables.

Hé allí el fenómeno; es único. Regístrense los libros de los filósofos. ¿En dónde se halla lo impenetrable? Se verá en ellos la obscuridad; pero lo obscuro no es más que una prueba de debilidad. Alguna vez se hallará en ellos la contradicción, y se hará la prueba de ello. Mas lo incomprensible, lo inaccesible, no se encontrará allí nunca. No es incomprensible el que quiere serlo. No ofrece en el mundo un misterio quien así lo quiere. Lo que un entendimiento concibe, lo concibe otro, y si es dado al genio ser el primero en subir á ciertas alturas, no le es dado subir tan alto que los demás no suban con él, ó al menos detrás de él. El genio se parece al águila, que carga sus polluelos sobre sus alas, y los lleva al sol, porque serían incapaces de ir solos. Sólo á Jesucristo no es dado el seguirle.

Se le ve cernerse sobre las cimas como los genios de este mundo. Como ellos tiene la elevación, la profundidad, la fecundidad; como ellos y más que ellos, lanza torrentes de luz humana. Luego de pronto sube más alto, penetra en las nubes, piérdese en una luz intensa, impenetrable, adonde nadie puede seguirle.

Y esto es lo que hace del Evangelio un libro incomparable. Juntándose la luz accesible y la inaccesible en el mismo discurso, siéntese uno á la vez arrebatado y echado por tierra. Adviértese por momentos que falta el terreno, pero no se asusta uno; se sabe con quién se sube. Cuando no se ve, se adora. Y luego, esa luz intensa, impenetrable en sí misma, ¡lanza tan hermosos rayos! Es como el sol, cuyo foco no se ve: el foco abrazaría los ojos; pero se ven los rayos que parten del foco, y son los que iluminan al mundo y que á todo prestan belleza.

Estos rasgos singulares, tan poco humanos en el seno de una naturaleza tan humanamente hermosa, han impresionado vivamente á todos los observadores que, hace dos siglos principalmente, han comenzado á estudiar á Jesucristo, no como antes bajo el aspecto exterior de su sér, sino bajo su aspecto íntimo. Ya Rousseau, en el siglo XVIII, después de un examen bien superficial, sin embargo, había dejado brillar su admiración en esta frase famosa: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y

muerte de Jesús son de un Dios.”¹ En nuestros días, Napoleón no necesitó más que parar un instante sobre Jesucristo su mirada de águila para pronunciar estas palabras aún más hermosas: “¡Conozco á los hombres, y os digo que Jesucristo no era un hombre!”² Goethe, el más universal y el más vigoroso, pero también el más pagano de todos los poetas modernos, llama al Cristo “el hombre divino, el santo, el tipo y el modelo de todos los hombres.”³ En América, Channing, que hizo tan grandes esfuerzos para destruir en el entendimiento de sus contemporáneos la idea de la divinidad de Jesucristo, no podía evitar el reconocer que había en Él algo que la presencia de la humanidad sola no explicaba. “¡Creo, decía, que Jesucristo es más que un hombre!” Y añade: “Los que no le atribuyen la preexistencia (esto es, que niegan su divinidad), no le miran en manera alguna para eso como mero hombre. Establecen siempre entre Él y nosotros profunda diferencia. Le consideran gozando de una intimidad particular con Dios, como revestido de dones, de bienes, de fuerzas, de socorros, de luces tales, como jamás las poseyó hombre alguno, y como brillando con una pureza sin man-

1 ROUSSEAU. *Emile ou l'Education*, livre VI.

2 BEAUTERNE. *Sentiments de Napoléon sur le Christianisme*.

3 GOETHE. *Entretiens avec Eckerman*, 3 vol., p. 371.

cha, suprema distinción del cielo. Conceden gustosamente que Jesucristo deja atrás todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su bondad.”¹

Finalmente, los mismos que en este siglo han examinado muy de cerca el carácter de Jesucristo, pero con los ojos del odio; que se constituyeron enemigos públicos de Jesucristo: M. Strauss en Alemania, M. Parker en América, M. Renan en Francia, no han podido evitar el dejar escapar frases significativas: “El Cristo, dice Strauss, no podría tener predecesor que le aventaje, ni siquiera que pueda alcanzar después de Él y por Él, el mismo grado absoluto de la vida religiosa. Jamás, en tiempo alguno, será posible subir más alto que Él, ni imaginarse á nadie que le sea siquiera igual.”² Parker es todavía más explícito. “La divinidad que transpira á través del hermoso carácter humano de Jesucristo parece mostrarse á Él. Jesús difunde una luz nueva, brillante como el día, sublime como el cielo y verdadera como Dios. Filósofos, poetas, profetas y rabinos, por encima de todos se levanta. Y no obstante, Nazaret no era una Atenas en donde se respirase el ambiente de la filosofía; no había Pórtico ni Liceo; ni siquiera una escuela de profetas.

1 CHANNING. *Discours sur le caractere du Christ*.

2 STRAUSS. *Du Passager et du Permanent dans le Christianisme*. Altona, 1839, p. 137.

¡Dios está en el corazón de este joven!"¹ Es la conclusión de Parker. Hé aquí la de M. Renan: "Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está terminada.... Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante tu paso aquí abajo, vendrás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta sus cimientos. Entre Tú y Dios no se hará distinción. Enteramente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, adonde te seguirán, por el camino real que Tú has trazado, siglos de adoradores."²

Hé aquí en dónde nos hallamos. Hay en todos los observadores, aun los más distraídos, aun los más enemigos, una veneración involuntaria, una admiración creciente por la pureza inmaculada, por la perfección moral, por la belleza de ese carácter sin segundo. Parece que se siente cada vez más y que se conviene en que es el más santo entre los santos en la historia de nuestra raza, el más grande y el mejor que ha pisado esta tierra. Se le encuentra hasta tan grande, tan bueno, y, después de pasados dieciocho siglos, tan vivo, que los mejores se preguntan involuntariamente si es

1. TH. PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, p. 275.

2 RENAN. *Vie de Jesus* v. 426.

hombre, y sus enemigos mismos sienten, á pesar suyo, que la cuestión se presenta á su entendimiento. Ahora bien; que la cuestión se presente, que la duda nazca por sí misma, que se requiera un esfuerzo para alejar una cuestión que no se ofrece acerca de ningún otro hombre, ¿no es ya una presunción y como una primera prueba de su divinidad?

III

Pero sigamos y penetremos atrevidamente en las profundidades de este incomparable asunto. Todo esto no es más todavía que el peristilo y el pórtico. Sí efectivamente, Jesucristo es Dios, ¿cómo se habría contentado con dejar que su divinidad transpirase á través de su inteligencia humana, de su corazón humano y de su voluntad humana? ¿Acaso esa media luz podría bastarnos? Iba á pedirnos una fe absoluta; se requería, pues, que nos diese acerca de su divinidad pruebas proporcionadas á la grandeza de la adoración que de nosotros exigía. Y pues Dios, que nos ha hecho tan bellos dones, no nos ha permitido tocar á las leyes de la creación; pues que á fuerza de genio podemos cruzar las tempestades, pero no calmarlas; pues que no sabemos resucitar á nuestros muertos, ni aun á los más queridos, era necesario que